

primo hermano de Oliveros,
 sobrino de don Roldane.—
 El rey Almanzor que lo oyera
 con tal esfuerzo hablare,
 con los más moros que pudo
 se entrara en la ciudade.
 Solo quedaba Gayferos,
 no halló con quien pelear;
 volvió riendas al caballo
 por Melisendra buscare:
 Melisendra que lo vido
 á recibir se lo sale;
 vídole las armas blancas,
 tintas en color de sangre.
 Con voz muy triste y llorosa
 le empezó de preguntare:
 —Por Dios os ruego, Gayferos,
 por Dios os quiero rogare,
 si traéis alguna herida
 queráismela vos mostrare,
 que los moros eran tantos
 quizá os habrán hecho male.
 Con las mangas de mi camisa
 os la quiero yo apretare,
 y con la mi rica toca
 yo os las entiendo sanare.
 —Callede, dijo Gayferos,
 infanta, no digáis tale,
 por más que fueran los moros
 no me podían hacer male,
 qu'estas armas y caballo
 son de mi tío don Roldane;
 caballero que las trujere
 no podía peligrare.
 Cabalgad presto, señora,
 que no es tiempo de aquí estare;

antes que los moros tornen
 los puertos hemos pasare.—
 Ya cabalga Melisendra
 en un caballo alazane;
 razonando van de amores,
 de amores, que no de al;
 ni de los moros han miedo
 ni d'ellos nada se dane:
 con el placer de ambos juntos
 no cesan de caminar,
 de noche por los caminos,
 de día por los jarales,
 comiendo las yerbas verdes
 y agua si pueden hallare,
 hasta que entraron en Francia
 y en tierra de cristiandade:
 si hasta allí alegres fueron,
 mucho más de allí adelante.
 Á la entrada de un monte,
 y á la salida de un valle,
 caballero de armas blancas
 de lejos vieron asomare:
 Gayferos desde lo vido
 la sangre vuelto se le hae,
 diciendo á su señora:
 —¡Esto es más de recelare,
 que aquel caballero que asoma
 gran esfuerzo es el que trae!
 Que sea cristiano ó moro,
 fuerza será pelear:
 apeaos vos, mi señora,
 y vení de mí á la pare.—
 De la mano le traía
 no cesando de llorare.
 Lleganse los caballeros,
 comienzan aparejare

las lanzas y los escudos
 en són de bien pelear.
 Los caballos ya de cerca
 comienzan de relinchare;
 mas conociólo Gayferos
 y empezara de hablare:
 —Perded cuidado, señora,
 y tornad á cabalgare,
 que el caballo que allí viene
 mío es en verdade;
 yo le dí mucha cebada
 y más le entiendo de dare;
 las armas según que veo
 mías son otro que tale,
 y aun aquel es Montesinos
 que á mí me viene á buscare,
 que cuando yo me parti
 no estaba en la ciudade.—
 Plugo mucho á Melisendra
 que aquello fuese verdade.
 Ya que se van acercando
 cuasi juntos á la pare,
 con voz alta y crecida
 empiézanse de interrogare.
 Conóscense los dos primos
 entonces en el hablare;
 apeáronse á gran priesa,
 muy grandes fiestas se hacen.
 De que hubieron hablado
 tornaron á cabalgare:
 razonando van de amores,
 de otro no quieren hablare.
 Andando por sus jornadas
 en tierra de cristiandade,
 cuantos caballeros hallan
 todos los van compañare,

y dueñas á Melisendra,
 doncellas otro que tale.
 Al cabo de pocos días
 á París van á llegare:
 siete leguas de la ciudad
 el emperador les sale;
 con él sale Oliveros,
 con él sale don Roldane,
 con él el infante Guarinos,
 almirante de la mare,
 con él sale don Bermúdez
 y el buen viejo don Beltrane,
 con él muchos de los doce
 que á su mesa comen pane,
 y con él iba doña Alda,
 la esposa de Roldane;
 con él iba Julianesa,
 la hija del rey Juliane;
 dueñas, damas y doncellas
 las más altas de linaje.
 El emperador abraza su hija
 no cesando de llorare;
 palabras que le decía
 dolor eran de escuchare.
 Los doce á don Gayferos
 gran acatamiento le hacen
 tiénelo por esforzado
 mucho más de allí adelante,
 pues que sacó á su esposa
 de muy gran captividade:
 las fiestas que le hacian
 no tienen cuento ni pare.

XVII

El nacimiento de Montesinos—1

(Anónimo)

Muchas veces oí decir
y á los antiguos contar,
que ninguno por riqueza
no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga
se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo,
dó buenos suelen mirar,
cómo el conde, á quien Grimaltos
en Francia suelen llamar,
llegó en las cortes del Rey
pequeño y de poca edad.
Fué luégo paje del Rey
del más secreto lugar;
porque él era muy discreto,
y de él se podía fiar:
y después de algunos tiempos,
cuando más entró en edad,
le mandó ser camarero
y secretario real:
y después le dió un condado,
por mayor honra le dar;
y por darle mayor honra
y estado en Francia sin par
lo hizo gobernador,
que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,
y grande esfuerzo sin par
le quiso tomar por hijo,

y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas
con placer y sin pesar.
Ya después de algunos días
de sus honras y holgar,
el Rey le mandó al conde
que le fuese á gobernar
y poner cobro en las tierras
que le fuera á encomendar.
Pláceme, dijera el conde,
pues no se puede excusar.
Ya se ordena la partida,
y el Rey manda aparejar
sus caballeros y damas
para haber de acompañar.
Ya se partía el buen conde
con la condesa á la par,
y caballeros y damas
que no le quieren dejar.
Por la gran virtud del conde
no se pueden apartar:
de París hasta León
le fueron á acompañar.
Vuélvense para París
después de placer tomar:
las nuevas que dan al Rey
es descanso de escuchar,
de cómo rige á León
y le tiene á su mandar,
y el estado de su Alteza
como lo hacía acatar.
De tales nuevas el Rey
gran placer fuera á tomar.
No prosigo más del Rey,
sino que lo dejo estar.
Tornemos á Don Grimaltos

cómo empieza á gobernar,
 bien querido de los grandes,
 sin la justicia negar,
 trata á todos de tal suerte,
 que á ninguno da pesar.
 Cinco años él estuvo
 sin al buen Rey ir á hablar,
 ni del conde á él ir quejas,
 ni de sentencia apelar;
 mas fortuna que es mudable,
 y no puede sosegar,
 quiso serle tan contraria
 por su estado le quitar.
 Fué el caso que Don Tomillas
 quiso en traición tocar:
 revolvióle con el Rey
 por más le escandalizar,
 diciéndole que su yerno
 se le quiere rebelar,
 y que en villas y ciudades
 sus armas hace pintar,
 y por señor absoluto
 él se manda intitular,
 y en las villas y lugares
 guarnición quiere dejar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 tuvo d'ello gran pesar,
 pensando en las mercedes
 que al conde le fuera á dar.
 ¡Sólo por buenos servicios
 le pusiera en tal lugar,
 y después por galardón
 tal traición le ordenar!
 Él ha determinado
 de hacerle justiciar.
 Dejemos lo de la corte,

y al conde quiero tornar,
 que estando con la condesa
 una noche á bel folgar,
 adurmióse el buen conde,
 recordara con pesar;
 las palabras que decía
 son de dolor y pesar:
 —¿Qué te hice, vil fortuna?
 ¿Por qué te quieres mudar
 y quitarme de mi silla
 en que el Rey me fué á sentar?
 ¡Por falsedad de traidores
 causarme tanto de mal!
 Que según yo creo y pienso
 no lo puede otro causar.—
 Á las voces que da el conde
 su mujer fué á despertar;
 recordó muy espantada
 de verle así hablar,
 y hacer lo que no solía,
 y de condición mudar.
 —¿Que habéis, mi señor el conde?
 ¿En qué podéis vos pensar?
 —No pienso en otro, señora,
 sino en cosa de pesar,
 porque un triste y mal sueño
 alterado me hace estar.
 Aunque en sueños no fíemos,
 no sé á qué parte lo echar,
 que parecía muy cierto
 que ví una águila volar.
 Siete halcones tras ella
 mal aquejándola van,
 y ella por guardarse d'ellos
 retrújose á mi ciudad;
 encima de una alta torre

allí se fuera á asentar;
 por el pico echaba fuego,
 por las alas alquitrán;
 el fuego que d'ella sale
 la ciudad hace quemar:
 á mí quemaba las barbas,
 y á vos quemaba el brial.
 ¡Cierto tal sueño como este
 no puede ser sino mal!
 Esta es la causa, condesa,
 que me sentiste quejar.
 —Bien lo merecéis, buen conde,
 si d'ello os viene algún mal,
 que bien há los cinco años,
 que en corte no os ven estar,
 y sabéis vos bien, el conde,
 quién allí os quiere mal,
 que es el traidor de Tomillas
 que no suele reposar:
 yo no lo tengo á mucho
 que ordene alguna maldad.
 Mas, señor, si me creéis,
 mañana antes de yantar
 mandad hacer un pregón
 por toda esa ciudad,
 que vengan los caballeros
 que están á vuestro mandar,
 y por todas vuestras tierras
 también los mandéis llamar,
 que para cierta jornada
 todos se hayan de juntar.
 Desde todos estén juntos
 decirles heis la verdad,
 que queréis ir á París
 para con el Rey hablar,
 y que se apereiban todos

para en tal caso os honrar.
 Según d'ellos sois querido,
 creo no os podrán faltar:
 iros heis con todos ellos
 á París, esa ciudad,
 besaréis la mano al Rey
 como la soléis besar,
 y entonces sabréis, señor,
 lo que él os quiere mandar;
 que si enojo de vos tiene
 luego os lo demostrará,
 y viendo vuestra venida
 bien se le podrá quitar.
 —Pláceme, dijo, señora,
 vuestro consejo tomar.—
 Pártese el conde Grimaltos
 á París, esa ciudad,
 con todos sus caballeros
 y otros que él pudo juntar.
 Desde que fué cerca París
 bien quince millas y más,
 mandó parar á su gente,
 sus tiendas mandó armar,
 hizo aposentar los suyos
 cada cual en su lugar.
 Luego el Rey dél hubo cartas,
 respuesta no quiso dar.
 Cuando el conde aquesto vido
 en París se fué á entrar;
 fuérase para el palacio
 donde el Rey solía estar;
 saludó á todos los grandes,
 la mano al Rey fué á besar
 el Rey de muy enojado
 nunca se la quiso dar,
 antes más le amenazaba

por su muy sobrado osar,
 que habiendo hecho tal traición
 en París osase entrar;
 jurando que por su vida
 se debía maravillar
 cómo, visto lo presente,
 no lo hacía degollar;
 y si no hubiera mirado
 su hija no deshonrar,
 que antes que el día pasara
 lo hiciera justiciar:
 mas por dar á él castigo,
 y á otros escarmentar
 le mandó salir del reino
 y que en él no pueda estar.
 Plazo le dan de tres días
 para del reino vaciar
 y el destierro es de esta suerte:
 que gente no ha de llevar,
 caballeros, ni criados
 no le hayan de acompañar,
 ni lleve caballo ó mula
 en que pueda cabalgar:
 moneda de plata y oro
 deje, y aun la de metal.
 Cuando el conde esto oyera
 ¡ved cuál podía estar!
 Con voz alta y rigurosa,
 cercado de gran pesar,
 como hombre desesperado
 tal respuesta le fué á dar:
 —Por desterrarme tu Alteza
 consiento en mi desterrar;
 mas quien de mí tal ha dicho,
 miente y no dice verdad,
 que nunca hice traición,

ni pensé en maldad usar;
 mas si Dios me da la vida
 yo haré ver la verdad.—
 Ya se sale de Palacio
 con doloroso pesar;
 fuése á casa de Oliveros,
 y allí halló á Don Roldán.
 Contábales las palabras
 que con el Rey fué á pasar;
 despidiéndose está d'ellos,
 pues les dijo la verdad,
 jurando que nunca en Francia
 lo verían asomar,
 si no fuese castigado
 quien tal cosa fué á ordenar.
 Ya se despedía d'ellos;
 por París comienza á andar
 despidiéndose de todos
 con quién solía conversar.
 Despidióse de Valdovinos
 y del romano Fincán,
 y del gastón Angeleros,
 y del viejo Don Beltrán,
 y del duque Don Estolfo,
 de Malgesí otro que tal,
 y de aquel solo invencible
 Reinaldos de Montalván.
 Ya se despide de todos
 para su viaje tomar.
 La condesa fué avisada,
 no tardó en París entrar:
 derecha fué para el Rey,
 sin con el conde hablar,
 diciendo que de su Alteza
 se quería maravillar,
 cómo al buen conde Grimaltos

lo quisiese así tratar ;
 que sus obras nunca han sido
 de tan mal galardonar,
 y que suplica á su Alteza
 que en ello mande mirar,
 y si el conde no es culpado
 que al traidor haga pagar
 lo que el conde merecía
 si aquello fuese verdad,
 y así será castigado
 quien lo tal fué á ordenar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 luégo la mandó callar,
 diciendo que si más habla
 como á él la ha de tratar,
 y que le es muy excusado
 por el conde le rogar,
 pues quien por traidores ruega
 traidor se pueda llamar.
 La condesa qu'esto oyera,
 llorando con gran pesar,
 descendióse del palacio
 para el conde ir á buscar.
 Viéndose ya con el conde
 se llegó á lo abrazar ;
 lo que el uno y el otro dicen
 lástima era de escuchar :
 —¿ Este es el descanso, conde,
 que me habíades de dar ?
 ¡ No pensé que mis placeres
 tan poco habían de durar !
 Mas en ver que sin razón,
 por placer nos dan pesar,
 quiero que cuando vais, conde
 cuenta d'ello sepáis dar.
 Yo os demando una merced,

no me la queráis negar,
 porque cuando nos casamós
 hartas me habíades de dar.
 Yo nunca las he habido,
 aún las tengo de cobrar,
 ahora es tiempo, buen conde,
 de haberlas de demandar.
 —Excusado es, la condesa,
 eso ahora demandar,
 porque jamás tuve cosa
 fuera de vuestro mandar,
 que cuánto vos demandéis
 por mi fe de lo otorgar.
 —Es, señor, que donde fuéredes
 con vos me hayáis de llevar.
 —Por la fe que yo os he dado
 no se os puede negar ;
 mas de las penas que siento
 esta es la más principal,
 porque perderme yo solo
 este perder es ganar,
 y en perderos vos, señora,
 es perder sin más cobrar ;
 mas pues así lo queréis,
 no queramos dilatar.
 ¡ Mucho me pesa, condesa,
 porque no podáis andar,
 que siendo niña y preñada
 podriades peligrar !
 Mas pues fortuna lo quiere
 recibidlo sin pesar,
 que los corazones fuertes
 se muestran en tal lugar. —
 Tómanse mano por mano,
 sálense de la ciudad ;
 con ellos sale Oliveros,